

Festival

¡El mundo marcha! ¿Por qué no habría de girar?

A. Rimbaud

Aunque su bicicleta fuese más ligera, ella iba detrás. Y eso que pedaleaba y pedaleaba mientras pensaba en las ruedas, en todo lo que habían aportado al mundo desde Babilonia. Molinos, hiladoras, tornos, turbinas... Las ruedas tenían que ser sus aliadas porque con ellas todo era más llevadero y, sin embargo, por mucho que pedaleara, ella seguía a varios metros de distancia, y en cuanto se acercaba una curva, la perdía de vista. Entonces se sentía rara, ajena al progreso, porque aquella mañana las ruedas no estaban de su lado. No querían ayudarla. Suerte que a su alrededor todo era verde, un verde pletórico y palpitante, como el de las ranas y las lechugas o esos versos que le recitaron de pequeña sobre un soldado que se quedó dormido. Estaba sobre la hierba, herido y con los pies fríos. Ella, en cambio, no podía decir lo mismo porque, en aquel momento, su corazón estaba muy ocupado. Bombeaba sangre sin tregua pero, otra vez, el resultado era tan decepcionante que dudó de sí misma. Se dijo que quizás se había equivocado, que el romanticismo también le era ajeno, como las ruedas y el progreso. Ok, no es que el romanticismo solo incumbiese a los soldados, pero aunque ella tuviera los labios hinchados y rojos, pensó que el romanticismo poco tenía que ver con un casco prestado, que le iba grande, y una bicicleta, que también le iba grande, y una mochila con la cremallera rota y un cuerpo pequeño y con flato, al que de vez en cuando había que esperar, porque no llegaba, porque no estaba...

Se veía tan ridícula y, aún así, tenía que seguir adelante. Tenía que pedalear, como si lo hubiera hecho siempre, desde tiempos inmemoriales, y llegar hasta el final, aunque el casco y la bici e incluso el paisaje le fuesen grandes. Y ajenos. A todo esto, no sabía por qué le gustaba tanto aquella chica ni de dónde venía esa necesidad de alcanzarla. Si era su voz o su apetito elástico, indefinido. O ese toque hortera que le hacía llevar el pelo teñido de rubio y reescribir frases de Kharms o Calvino en rojo Carioca para, acto seguido, pegarlas con chicle junto a una postal de Klimt. En cualquier caso, Lu era sensible a la ortografía y batía huevos con humor. Vivía en Londres cuyo monumento más celebrado era un reloj. Aunque, según sus palabras, una noria iba camino de desbancarlo. También le perdían las croquetas y los libros de segunda mano, negocio al que se dedicaba ininterrumpidamente desde hacía seis años y del que se sentía muy orgullosa, a juzgar por cómo se presentaba a los demás. Al mismísimo obispo de Canterbury llegó decirle: “Sí, soy librera pero también sexy”. Aquel “sí...” lo añadía ella, para descartarse como alucinación pues es sabido que las libreras, ya sean españolas o inglesas, no suelen patrocinar su ropa interior. De ser preciso, remataba su eslogan con una sonrisa luminosa, a años luz de aquel sótano mal ventilado en el que se pasaba horas y horas subiendo y bajando cajas y poniendo precios, a ojo. Por su Bouvard y Pecuchet, a ella, le ofreció una libra. Fue así como la conoció, regateando.

- Just a pound?! –dijo la que pedaleaba con dificultad, con un inglés no menos torpe.
- Right! One pound... Es más que un euro- le tradujo Lu.
- Española ¿eh? Entre libreras: lo considero un insulto.
- ¡Uau! Si está inacabada...- le vaciló, refiriéndose a su novela, no a su cliente que estaba enterita y de mal humor.

Se llamaba Andrea, que en Italia es un nombre masculino. De tanto aclarar que era una niña, su ego fue haciéndose cada vez más fuerte y ahora se atrevía a convencer al mundo de lo que fuera. A la Sexy, sin ir más lejos, le dijo que con Flaubert nació el cine y se quedó tan ancha.

- Vaya, pues eso no es lo que nos enseñan de pequeños...
- De pequeños sólo nos enseñan a masticar con la boca cerrada. ¡Y a ir en fila india!
- O a afilar lápices... – añadió y, con su dedo índice, Lu hizo de su cabeza un sacapuntas. La tomó por loca.

Andrea cogió su libro de un zarpazo y se alejó del mostrador. Tenía las orejas al rojo vivo, a punto de estallar, cosa que a “la sexy”, le pareció tremendo. ¡Qué monería! –pensó, pero en vez de pujar por su libro, dijo:

- Oye, tú... Me montas el pollo por la novelita y ni me la prestas. ¡Qué poco sabes!
- Casi nada– contestó Andrea, y aún reticente, dio media vuelta. En sus pasos puso la fuerza de quien sube una escalera mecánica en dirección contraria a su propia marcha.

En cuanto la tuvo en frente, Lu se miró las uñas. Le dijo:

- Y ahora acláreme una cosa. ¿Por qué vendes tu novelita si tanto te gusta?
- Por hacerle un favor al mundo –contestó la borde.
- Vaya... qué considerada. ¡Apunta!

La Sexy le cantó su número teléfono, pero con las prisas ella anotó aquellas cifras donde pudo. Es decir, ahí donde Flaubert dejó un espacio

en blanco, porque la sangre dejó de llegarle al cerebro. Nota del editor: “Aquí se detiene el manuscrito”. Más abajo podía leerse: “Hay que encerrarles...”, palabras de un posible final, un balbuceo.

- Pues te dejo el libro y me quedo esto- dijo Andrea, justo antes de arrancar la página. pero Lu se negó en rotundo.
- ¿Qué haces, bruta? Antes me compro uno nuevo.
- Así que ahora te importa Flaubert...
- Los libros no se destripan. Lo sabe hasta mi padre. ¿Por cuánto me lo vendes? – le preguntó mientras le escribía su número en un marcapáginas. Sin duda era un sitio más decente.

Andrea se lo pensó un rato.

- Por una libra.

Se la gastó llamándola desde una cabina, el mismo día. En cuanto acabó el turno, se fueron a tomar un helado. En un determinado momento, Lu le preguntó si había considerado suicidarse y si le gustaba el Trivial, sin ni siquiera molestarse en cambiar de frase, cosa que ella la dejó perpleja. Por eso pasó lo que pasó. Cuando tiempo después, surgió la idea de ir a un festival de literatura en un pueblecito galés de cuatro calles, treinta y ocho librerías y varias granjas, se aferró a esa opción como quien se lanza a las rebajas. Lo hizo aún sabiendo que a Lu le gustaba otra persona, pero cuando se lo comentó, no le dio demasiada importancia. Tampoco le molestó que vivieran en ciudades distintas porque eso no impedía que, en algún momento, ella le dibujase un interrogante en el suelo, con libros, o le buscara bajo las sábanas, dándole la bienvenida a la Antártida, para que Lu no tuviera más remedio que abrazarla, por el frío. Mientras le dejase hacerlo –pensó- lo demás sólo era cuestión de tiempo, de que Lu cediera a su insistencia y a sus enormes ganas de decir cosas. Fue besarla y sentir

que le debía una explicación de todo cuanto sucedía en el mundo. Por esas, Andrea le contó que existía una biblioteca donde los libros se ordenaban siempre de otra manera y que a Ricardo I le enterraron por partes. Sabía que su cerebro estaba en Charroux, su corazón en Rouen y sus entrañas en Fontevrault. ¿No es fantástico? –le preguntó, mientras pensaba en todas las historias que le quedaban por compartir. Pero si Lu seguía sin verlo claro, ella siempre podía ir a buscarla, seguirla, que es justo lo que estaba haciendo en ese momento.

Cuando por fin llegaron a su destino, la Sexy no la besó. Ni siquiera la miró. Simplemente dijo: “Ei, ¿en serio nunca has sido camarera?”. “No, ni tampoco deejay. No me hizo falta”, le confesó, mientras se mordía la lengua porque por ella, acaba de recorrer 43 kilómetros con una bicicleta ridícula, pero lo que más le asombraba es que nunca hubiese servido un plato o una copa a un desconocido.

En cuanto dejaron sus cosas en una granja en la que reservaron una habitación, dieron una vuelta. El pueblo estaba muy animado. Las calles, de adoquines, eran en su mayoría peatonales o las habían cortado al tráfico para la ocasión. Varias pizarras indicaban la programación de lecturas al aire libre y conferencias. Aquel año los invitados eran Zadie Smith y Ian McEwan, dos autores que Andrea nunca había leído. Tomaron un café con hielo. Lo hicieron al pie de un castillo donde había un escenario, varias carpas de comida y muchos más libros, apilados a modo de trinchera, y, otra vez, ella pensó en su soldado. El de los pies fríos. Por si fuera poco, Lu le dijo: ¿Es que no te vas a quitar el casco? –mientras sorbía su café helado. Ella se tocó la cabeza y se sintió ridícula por confundir el casco con el cansancio. Tenía el pelo mojado. Lu le habló de su memoria. Estaba encantada consigo misma por haber

recordado el trayecto y haberlo hecho en menos tiempo que el año anterior. Entonces vino sola pero hizo un montón de amigos y descubrió un montón de libros. Andrea le pidió que le hablara de alguno, el que más le había gustado.

- Keep the Aspidistra Flying. Es de Orwell. ¿Te suena?

Ella negó con la cabeza.

- Va de un tipo que renuncia a su comodidad en nombre de una idea hasta que la pobreza le va consumiendo.
- ¿Y acaba bien?

Lu hizo pantalla con la mano para protegerse del sol.

- Según se mire– contestó– Y no pongas esa cara.

No sabía a qué se refería, pero se sintió patética porque entendió que, en realidad, a su acompañante no le costaba nada ir en bicicleta y que lo que acaba de hacer aquella mañana era una tontería. Sus 43 kilómetros no llegaban ni a media gesta. ¿Entonces? , pensó, entonces... ¡tenía que renunciar a algo mucho más grande! Decidió pasarse el resto del viaje sin comer, pero al cabo de un par de horas fueron a un restaurante.

- ¿Es que no vas a acabarte la ensalada?– preguntó Lu.

Ella miró ambos platos y arqueó las cejas. ¿Y su cordero? ¿Cómo podía haberlo engullido tan rápido? Extendió el brazo debajo de la mesa, para buscar el truco, pero viendo que no había, dijo: No puedo.

- ¿Por qué? ¿No te gusta?
- No es eso... Es que te amo.

Lu sonrió siguiéndole la gracia porque su humor le hacía sentir muy cómoda.

- ¡Serás freak!
- No, no lo soy.
- Pues si no te la vas a acabar, ¿puedo? –añadió, apuntando con el tenedor hacia su plato. Y antes de que le diese el visto bueno, ya estaba atacando a su ensalada como si, otra vez, la volviese a adelantar. Era la segunda vuelta.
- Oye, creo que necesito estar sola.
- ¿En serio? – dijo Lu.
- Es que esto no es como había pensado.
- ¿Por qué?

Andrea miró hacia el suelo. Al meterse un banquete a costa de su renuncia, la estaba ninguneando y eso le hacía daño, pero esto no podía explicárselo. O no sabía. Se encogió de hombros.

- Lo siento –dijo Lu- Si quieres me voy yo.
- No, me iré yo. Necesito dar un paseo.

Pagó su parte y se puso en marcha. Quiso perderse por el pueblo pero era un pueblo muy pequeño. Parecía falso. Hay-on-Wye... Qué nombre más estúpido, pensó, así es como se llaman los parques de atracciones o los rodeos. En galés no mejoraba: Gelli Gandryll. Parecía un sortilegio o el nombre de un hombre con sombrero de cucurucho. Además no entendía cómo ese pueblo podía vivir de sus librerías vendiendo como vendía libros tan rancios, en medio del campo. Se le ocurrió que aquello era un vertedero literario, allí donde acaban las obras que nadie quería: tratados militares, manuales de botánica, autoayuda, novelas de tercera y religión. Algunos tenían las páginas hinchadas, por la humedad, y otras estaban apolilladas, de no leerse. Y podías cogerlas y fijar su precio. Era lo más

parecido al infierno.

- ¿Qué tal el paseo? –preguntó Lu, cuando se cruzaron, al cabo de un rato.

Le hablaba desde la otra acera y ella se giró. Pensó que quizás le había estado siguiendo.

- Vámonos. Este lugar está muerto. Hasta el parking se paga a voluntad. ¿Lo ves? –dijo y señaló a una pancarta donde ponía “Pay what you want (Free contribution)” en letras grandes, de colorines.
- No. Yo me quedo.
- ¿Lo dices en serio?
- A mí me gusta.
- Igual es porque también estás muerta. ¿Estás muerta, Lu?
- ¿Por qué dices eso?
- Porque por mucho que me empeñe en acortar distancias, siento que te has largado, que estás en otra parte. Y ya no es como antes.
¡Tengo agujetas!
- Ya te lo he dicho. Te lo dije justo antes de venir. Hay otra persona.
- ¿Dónde? ¿Aquí? – dijo, señalando en la cabeza.
- Sí. No... Da igual. Está lejos de aquí. Y la vida sigue y esto lo teníamos planeado.
- ¡Genial! Así que es eso.
- Si no me escuchas...
- Pensé que te haría cambiar de opinión.
- Lo siento.
- No, no te compadezcas de mí. Compadécete de los libros, si quieres, y de los parkings – y otra vez, volvió a señalar a la

pancarta-, pero de mí no que aquí hay demasiada caridad. ¡Y la caridad es contraria al progreso!

Lu sonrió.

- Oye, ¿quieres calmarte? No me compadezco de ti. Es que me caes bien. Dime qué puedo hacer para que te sientas mejor.
- Está bien. Explícame por qué conmigo las ruedas van más lentas.
- Si pedalearas más a menudo... Yo llevo haciéndolo desde hace tiempo. Dicen que es bueno para el corazón.
- Pues desde atrás parece que estés huyendo.
- Puede...
- ¿Puede?
- No soy tan valiente como crees. Tengo mis dudas.
- Pues no lo hagas. No huyas.
- No puedo.
- Pues... ¡vete a la mierda!

Ella empezó a caminar pero al ver que Lu la seguía, se detuvo.

- No me sigas.
- ¿A dónde vas?
- A beberme todo Londres. ¡Ha llegado la hora de emborracharse!
- Andrea... estás en Gales.
- Pues eso, Gales. Tengo mi derecho. En el fondo, yo he venido a eso.
- Ya lo sé, ya. Tú y tus gestas. Al principio me hacían gracia pero te las estás tomando demasiado en serio y, sinceramente, ahora no sé quien de las dos es más infantil...- se quejó Lu.
- ¡Tú! Tú eres la infantil, por huir. Yo sólo soy exagerada –dijo ella y, acto seguido, le hizo una reverencia.

Se separaron. Andrea entró en un pub. Una pinta, dos, un wishkey... El

barman le preguntó si se encontraba bien y ella le mintió. Le dijo que había perdido un tren y que necesitaba un lugar donde dormir. El barman hizo unas cuantas llamadas pero el pueblo estaba lleno. Claro, pensó ella, los muertos son mayoría. ¡Lo raro es vivir!

Entre el alcohol y los kilómetros empezó a sentir lo que le dolía el cuerpo. Sonó el móvil. Un mensaje: “¿Dónde estás? He perdido el último bus. Yo también me quedo aquí”. Respuesta: “Tranquila. Yo solo quiero cansarme”. Y otra vez. “¡Es tan bonito cansarse! Siguiente: “Ok, pero tus cosas están en la granja y aún podemos pillar un taxi”. Andrea: “Q te jxdan, Lu. Tngo 30 años y estoy viva”. (Mierda, pensó. Un falta. Era el fin, pero corrigió) “Años, AÑOS”. Nuevo SMS: Pues yo tengo 28... De pronto entró por la puerta y se la encontró de bruces, tecleando su edad.

- ¡La Virgen! –exclamó Andrea con su corazoncito de lenteja.
- Ah, estás aquí.

Se sentó en un taburete, junto a ella.

- ¿Cuál es tu plan?
- Cansarme. Ya te lo dicho. Y reducirme a un cliché. ¡Quiero ser un libro andante!
- ¡Mírate! Estás como una cuba...
- Y encantada de mí misma. Así que lárgate.
- No puedo. ¿Y si te pasa algo?
- No soy asunto tuyo.
- Ya lo sé.
- Además, ¿cómo puedes huir y perseguirme a la vez? Eso es científicamente imposible...

Lu se encogió de hombros.

- Me siento culpable– murmuró.

Ella dio un golpe en la barra. “Pues yo no. Yo, Yo me siento de puta madre”, dijo, con un sarcasmo evidente, pues acaba de caer en la cuenta de que aquella culpabilidad no tenía nada que ver con ella ni con aquel viaje sino con su educación. Por eso le hacía daño, porque era una culpabilidad de niña católica y miedica. Una culpabilidad enemiga del progreso. De hecho, Andrea la conocía muy bien. Si llegó a identificarla es porque también la tenía dentro, pero de un tiempo a esta parte le estaba ganando la batalla y estaba decidida a expulsarla.

Salieron a la calle.

- Escucha, aquí hay dos viajes distintos. Tú sigue con el tuyo y deja de impedir que el mío sea bonito. ¡Me lo debo! Me debo llegar hasta el final...
- El final, ¿de qué?
- ¡De mí misma!

Entonces, empezó a ganar velocidad.

- ¿A dónde vas?- preguntó Lu.

Y otra vez, la cogió del brazo porque Lu siempre era más rápida. Si quería podía tener la última palabra.

- ¡Suéltame! Quiero romper todas vajillas que no he roto desde hace diez años o acostarme con el primero que pase. Y mira: el cielo, las ovejas... ¿No ves que es el lugar perfecto? ¡Es muy bonito!
- Estás borracha.
- Y encantada de mí misma- volvió a repetir.
- ¿Y si te violan? ¿O te secuestran?
- Tendrás dos bicis.
- Idiota, no pagues con vajillas toda tu frustración.
- Imbécil, no la pago, la proyecto. ¿Y no ves que estamos solas?
¡Suéltame!

- No puedo. Tengo miedo.
- Oye, Lu... –entonces ella se puso de rodillas y juntando sus manos como una niña que suplica a sus padres alargar su fiesta de cumpleaños, dijo– Déjame ser cutre. Por fi. Te lo pido como amiga. Ya que hemos llegado hasta aquí. Lo necesito.

Tenía la cara bañada en lágrimas.

- Está bien. ¡Tú ganas!

Lu dio media vuelta y la dejó sola y ella empezó a correr, campo a través, hacia la oscuridad.

- ¡Andrea! ¡Andrea! –la oyó gritar– ¿Estás segura?

Pero ella no contestó. Corrió y corrió, sorteando las verjas que delimitaban las parcelas de cada granja. A solas, se tumbó en la hierba y miró al cielo. Notó un cosquilleo fresco en la punta de los dedos. Cerró los ojos. El suelo estaba húmedo, pero se sintió muy a gusto arropada por el barro y el sonido acompasado de aquellos trotes. Eran una docena de caballos. Venían, se acercaban. Sus pasos parecían tambores. A su son se vio capaz de cualquier cosa porque ya no tenía miedo a hacer el ridículo, ni a estar definitivamente cansada. Era un cansancio de retirada, un cansancio tranquilo.